

LOS CLÁSICOS Y LA LECTURA

José Solís de los Santos
Profesor Titular de Filología Latina.
Universidad de Sevilla,

En un conjunto de ensayos de recopilación póstuma (1) Italo Calvino, entre otras claves para determinar qué es un clásico, presenta la relectura y hallazgo de nuevas facetas como uno de los rasgos inherentes de la producción literaria del escritor considerado como tal. Concepto lato y valoración justamente difundida, pues supera la estricta clasificación estilística o la mera y banal periodización de la historia de la literatura, que puede dar la impresión de equiparar bajo el mismo título de clásico obras de inmarcesible belleza y de fecunda actualidad con otras que no ofrecen otra atracción que la que pueda suscitar entre filólogos. «Clásico no es un libro que necesariamente posea tales o cuales méritos; es un libro que las generaciones de los hombres, urgidas por diversas razones, leen con previo fervor y con una misteriosa lealtad» (2). Así se había expresado con reminiscencias homéricas un escritor al que no pocos releemos con explícito fervor y consecuente lealtad.

Parece, pues, que requisito indispensable para otorgar el mencionado título es el veredicto de la posteridad, o al menos, el paso del tiempo sobre la obra y la mente de quienes por primera vez la percibieron. Clásico implica antiguo, que no anticuado. Por eso quizá, a todo el que se plantee la cuestión del término y del concepto de clásico se le viene a la cabeza, de una u otra forma, la época que la periodización histórica por antonomasia ha dado la denominación de clásica, la Antigüedad grecorromana. De esa época arranca el término, cuya historia no ha sido señalada con exactitud de datos por algunos que se han visto obligados a hablar de ello con cierto carácter divulgativo y sin dar cumplida satisfacción, por tanto, a las eruditas perplejidades que provoca la disciplina ingenua y primitiva de la etimología (3). En las páginas

(1) Italo Calvino, *Por qué leer los clásicos*, Barcelona: Tusquets, 1992.

(2) Jorge Luis Borges, "Sobre los clásicos", en *Otras inquisiciones* (Madrid: Alianza, 1976), 191.

(3) No es el caso de E.R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, (México: FCE, 1955), pp. 352-354, donde recoge las citas básicas que presentamos, además de indagar diversas expresiones del mismo concepto en los clásicos propiamente dichos; cf. también R. Pfeiffer, *Historia de la Filología Clásica*, II (Madrid: Gredos, 1981), p. 148. Han tratado esta cuestión

borgeanas, que he tenido —¿cómo no?— que releer, encuentro que se relaciona la palabra clásico con *classis* 'flota', 'formación táctica', apuntando asimismo la formación analógica *ship/shape*. También, y no sé si leído u oído, se ha relacionado con *classicum* 'toque de trompeta', como una especie de vinculación más o menos inconsciente con los trompetazos de las majestuosas películas históricas de Cecil B. de Mille.

En realidad, estas palabras, si bien no tienen mucho que ver con el origen del concepto de lo clásico, derivan todas de un étimo común que participa en palabras de significados tan dispares como calendario, clamar, clase, concilio, intercalar o nomenclátor. Proceden de un vocablo que se utilizó casi exclusivamente en la terminología sacral, el verbo *calo*, 'yo convoco', de donde *classis* significa 'llamamiento', por supuesto a filas, de los ciudadanos (4). Se trata de una acepción tan arcaica que los eruditos romanos se ven obligados a precisar: «Fueron cinco las partes del pueblo que denominamos clases». «Los antiguos llamaron clases con escudos a lo que ahora llamamos ejército». De ahí que al especializarse el vocablo *exercitus* para las tropas de tierra, *classis* se limitara para la flota: «Pues más antigua fue la denominación de clase para el conjunto de hombres que para el de barcos». Y el instrumento con que se convocaba a las clases y quien lo toca reciben un nombre derivado: «Músico 'clásico' procede de 'clase social', el que toca el cuerno o clarín, como cuando convoca a las clases a reunirse en el comicio» (5). Los *milites classici* eran los soldados de la flota (6), pero cuando el término se aplicaba, en su acepción original, a una de las partes del conjunto de los ciudadanos censados en cinco clases y, dentro de cada una de éstas, organizados en centurias, la expresión *cives classici* adquiriría el significado de ciudadanos que pertenecían a la primera clase (7).

G. Luck, "Scriptor classicus", *Comparative Literature* 10 (1958), p. 150; W. Brandt, *Das Wort 'Klassiker'*, Wiesbaden, 1977; y A. Buck (*infra* n. 17), p. 201; cf. también J. Sánchez Lasso de la Vega, "Sobre lo clásico", *Cuadernos de Filología Clásica* 1 (1971), 9-77.

(4) Cf. A. Ernout, A. Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine (Histoire des mots)*, éd. augm. J. André (París: Klincksieck, 1985), pp. 87 y 125 respect. Cf. también *Thesaurus linguae Latinae* III, s.v. *classicus*, col. 1280, lín. 80 y ss.

(5) Los originales de estas citas y sus fuentes son respectivamente: *Partes populi classes vocamus quae quinque fuerunt* (Servio, *Comentario a Eneida*, 7.716). *Classes clipeatas antiqui dixerunt quos nunc exercitus vocamus. Vetustius enim fuit multitudinem hominum quam navium classem appellari* (Paulo-Festo, 48.22, y 251.20). *Classicus a classe, qui item cornu aut lituo canit, ut tum, cum classes comitiis ad comitiatum vocant* (Varrón, *Sobre la lengua latina*, 5.91).

(6) Cf. *ThLL*, s.v. *classicus*, III 1280.61-74.

(7) '*Classici*' dicebantur non omnes qui in quinque classibus erant, sed primae tantum classis homines, qui centum et viginti quinque milia aeris ampliusve censi erant (Aulo Gelio, *Noches Áticas*, 6 (7).13.1).

El uso traslaticio de *scriptor classicus*, que queda sin explicar en la breve nota de Borges, está atestiguado en la Antigüedad únicamente en un pasaje de Aulo Gelio. El erudito anticuario, al apelar a la autoridad de oradores o poetas consagrados por la tradición para corroborar el recto uso gramatical, termina recurriendo a la metáfora de la distinción de clases sociales, y alude por primera vez al escritor «de primera fila y exquisito», frente a otro cualquiera «del montón» (8). Repárese, a la luz del testimonio de la nota anterior, que los *cives proletarii* eran los de tan exiguos recursos que sólo podían aportar su prole para los servicios del Estado, o sea, carne de cañón, tal como lo entendió Gayo Mario (9). Es obvio que, con este origen tan clasista, no llegara a cuajar en ninguna época de la crítica literaria la metáfora *scriptor proletarius*. Curtius, a tenor de la reminiscencia decimonónica que presenta al efecto (10), parece no considerar el empleo exclusivamente metafórico de la expresión *classicus adsiduusque scriptor*. El adjetivo *adsiduus* significa en lenguaje jurídico 'ciudadano acomodado' (Gelio 16.10.15), y aquí está en total equivalencia (-que) con *classicus*. Por elitista que fuera el cultivo de la literatura en la Antigüedad, pues géneros como la oratoria o la historiografía estuvieron reservados a los componentes o allegados de la clase política, el texto establece claramente un símil entre el grupo de oradores y poetas más antiguos y la clase social más elevada, sin que de ello se tenga que transferir el criterio de corrección gramatical del escritor modelo al habla de las clases sociales acomodadas. Pero aparte de estas anécdotas filológicas, en el texto donde aparece por primera el vocablo con este sentido está implícito el rasgo positivo de su significación: la apelación de ejemplaridad, sea gramatical o estilística.

Sólo en pleno Renacimiento volvemos a encontrar otra vez empleada la metáfora en este sentido, y no porque en el Medievo no se cultivaran las letras que hoy por antonomasia llamamos clásicas, sino porque en el seno del movimiento humanista que da personalidad exclusiva al llamado Renacimiento es donde cuaja la perspectiva histórica que estructura el devenir del

(8) *Ite ergo nunc et, quando forte erit otium, quaerite an 'quadrigam' et 'harenas' dixerit e cohorte illa dumtaxat antiquiore vel oratorum aliquis vel poetarum, id est classicus adsiduusque aliquis scriptor, non proletarius* (Aulo Gelio, *Ibid.* 19.8.15).

(9) Cf. Asimismo A. Gelio, *Noches Áticas* 16.10.10-14.

(10) Cf. E.R. Curtius (nota 3), p. 353: la cita es de Charles François de Sante-Beuve, de una colección de ensayos periodísticos, *Causeries du Lundi* (1850): un clásico es "un escritor de valor y de marca, un escritor que cuenta, que tiene bienes de fortuna bajo el sol y que no se confunde entre la turba de los proletarios". La relación que pueda tener esta declaración el *Manifiesto Comunista* (1848) se me escapa.

tiempo en edades antigua, media y moderna. Bajo el concepto e ideal de «imitación» de los *auctores probati* (11) —que así comenzaron a llamar a los clásicos los pedagogos y estilistas de la nueva ola de los *studia humanitatis*— se fragua el concepto de ‘clásico’, que abarca a obras, a autores, a una civilización, a una época.

Y además, no podía ser de otra forma, dado que el término latino *classicus*, en sentido estricto, sólo significa lo que antes hemos señalado, y vista la cuestión desde el ángulo de los más puristas cultivadores de la latinidad ciceroniana el término podía ser considerado como barbarismo, pues si bien Cicerón se sirvió de esa imagen de las clases sociales para establecer una comparación entre filósofos (12), sólo se nos ha transmitido explícitamente, como hemos dicho, en esa única cita de una obra relativamente tardía (13). Es probable que la tendencia y el gusto arcaizante de Aulo Gelio haya contribuido a que la metáfora apareciera ya al final del «Quattrocento», y se propagara precisamente en los círculos de humanistas del norte, por ser éstos menos inclinados que los italianos a un estricto uso ciceroniano del latín (14). El uso traslaticio de *classicus* es utilizado por Filippo Beroaldo el Viejo (1453-1505) en un comentario a Suetonio, en el cual, como en Aulo Gelio y con sus mismas palabras, también se apela a los clásicos como criterio de autoridad gramatical para el uso de cierto vocablo: «Ninguno de aquella cohorte de escritores clásicos utiliza esta palabra» (15).

El término lo hallamos de nuevo en un carta de 1512 del humanista Beatus Rhenanus, discípulo y corresponsal de Erasmo (16). También en otra carta, ésta de 1519, del gran pedagogo que fue Philip Melanchton, hallamos

(11) Cf. L. Rivero, *El latín del "De orbe novo" de Juan Ginés de Sepúlveda* (Sevilla: Universidad, 1993), pp. 23-24.

(12) "Éstos (Cleantes y Crisipo), comparados con aquél (Demócrito), me parecen de última fila". Cf. Cicerón, *Académicas* 2.73: *Qui mihi cum illo collati quintae classis videntur*.

(13) Así lo señala el exhaustivo *ThLL*, bajo la definición 'in imagine' *ibid.*, 1280.79-80.

(14) Se ha escrito bastante sobre la polémica de la imitación de Cicerón durante el Renacimiento; cf. un resumen tan cabal como asequible por A. Holgado, "Retórica y Humanismo", *Excerpta Philologica Antonio Holgado Redondo sacra I 1* (Cádiz, 1991), 1-17.

(15) *Non quispiam ex illa cohorte scriptorum classicorum hoc vocabulum usurpant*; cf. *Suetonii De vita XII Caesarum, cum Philippi Beroaldi et Marci Antonii Sabellici commentariis*, (Venetiis: per Bartholomeum de Zannis, 1500 [= 1496]), f. 89^r; cit. por M.T. Castella, "Il metodo dei commentatori umanistici esemplato sul Beroaldo", *Studi Medievali*, s. III, 16 (1975), p. 675.

(16) Cf. B. Rhenanus, *Briefwechsel*, ed. A. Horawitz y K. Hartfelder (Hildesheim: Olms, 1966 [= Leipzig, 1886]), p. 145; cit. por R. Pfeiffer, (nota 3) p. 148, n. 17. Ninguno de estos testimonios se recoge en el reciente trabajo de R. Hoven, *Lexique de la Prose Latine de la Renaissance* (Leiden: E.J. Brill, 1994).

la expresión *classicus author*, referido a Plutarco (17). Desde los escritos latinos de los humanistas pasa a las lenguas modernas, y concepto y término se van ensanchando hasta llegar a esta acepción tan amplia, y también menos clasista, en que lo encontramos en la actualidad, merced, en buena medida, al empeño emulador que alienta la polémica de antiguos y modernos (18) y que recaba también su parcela en el paradigmático canon de los modelos clásicos.

En español, la primera aparición textual de 'clásico' debemos situarla entre el testimonio latino de Alonso de Fonseca (19) y el empleo frecuente, pero en su sentido propio, que se hace del término en el tratado del catedrático de retórica de Salamanca Baltasar de Céspedes (20), de fecha algo anterior (c. 1600) a los testimonios presentados por Corominas (21).

Curtius, en su imponente y ya clásico ensayo que hemos citado, destaca el factor aleatorio en la historia de nuestra terminología literaria, pero lo cierto y verdad es que 'clásico' nunca fue un vocablo con esa acepción unívoca que es necesaria en el lenguaje de la ciencia, sino un término que se acuña y fermenta en un medio de intercambio cultural y que rápidamente es adoptado en el uso común por las lenguas vernáculas. Y la historia de las palabras es tan azarosa como el destino de los hombres, de ahí nacen el interés momentáneo y el moderado asombro que provoca la etimología (22).

(17) Cit. por Kübler en *RE*, s.v. *classicus*, III. 2, c. 2629. Es más tardío el uso en alemán, según F. Kluge, *Etymologische Wörterbuch der deutschen Sprache*, 19ª ed. (Berlín, 1963), s.v. *Klassiker*.

(18) Sobre este *topic* de la crítica literaria cf. el documentado resumen de August Buck, "La 'Querelle des anciens et des modernes' nel Rinascimento", en su *L'eredità classica nelle letterature neolatine del Rinascimento*, tr. de A. Sottili (Brescia: Paideia Editrice, 1980), pp. 291-301.

(19) Arzobispo de Toledo (c. 1475-1534), cf. P.G. Bietenholz, T.B. Deutscher, *Contemporaries of Erasmus: A Biographical Register of the Renaissance and Reformation*, I (Toronto, Buffalo, Londres 1985), pp. 42-43. En 29 junio 1528 mandaba a Erasmo 200 ducados para la edición de S. Agustín, *auctor ex classicis reliquus [...] Erasmo obstetricante renascetur*; cf. P.S. y H.M. Allen, *Opus epistolarum Des. Erasmi Roterodami*, (Oxford, 1906), ep. 2003.

(20) *Discurso de las letras humanas, llamado el Humanista*, ed. S. Díez (Madrid: Antonio Fernández, 1784), p. 15: "todos los autores antiguos que llaman clásicos y tienen autoridad en esos lenguajes". Debo la localización del término en esta obra a la autora de su edición crítica, Dra. Mercedes Comellas, quien amablemente me ha facilitado el soporte informático de su brillante y exhaustiva investigación (Universidad de Sevilla, 1993).

(21) Cf. J. Corominas, J.A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, III: *CE-F* (Madrid: Gredos, 1980), s.v. *clase*, p. 96; en el derivado *clásico*, con la inexactitud que remonta el empleo a Quintiliano, señala la *Dorotea* de Lope (1632).

(22) Véase el ramillete de erudición de mesa camilla, a cuenta de la historia de algunas palabras, que es la obrita de Isaac Assimov, *Words from History* (Boston, 1968).

Dentro de esta acepción tan lata y generosa de lo clásico, podemos establecer, adoptando *ex contrario* las claves de Italo Calvino con que empezábamos estas líneas, que no será nunca un libro clásico aquel que no resista una segunda lectura, como dijo Cicerón al calificar las obras teatrales de Livio Andronico (23). Y desde este ángulo también podríamos calificar de clásicas incluso obras a cuyo término sus autores nunca habrían podido exclamar aquello de «he concluido un monumento más perenne que el bronce», porque no tienen conclusión, aunque sí pies y cabeza.

Una obra de éstas me parece aquel título de afortunada y bella metáfora del mundo de los libros, *La galaxia Gutenberg*, felizmente reeditada por una meritoria y singular editorial (24). Obra planteada para la reflexión, segmentada en cada capítulo, cuyos epígrafes van desgranando por medio de la fórmula del aforismo la sugerente hipótesis del subtítulo de la obra. Con la paronomasia *cogito interruptus* Umberto Eco calificó sintéticamente el proceso reflexivo del pensador canadiense.

Entre los capítulos, cuya reciente relectura me ha proporcionado el hilo conductor de estas breves notas, están los que abordan un punto relevante en el desarrollo de su tesis, a saber, que el procedimiento de lectura desde la Antigüedad hasta la invención de la imprenta «fue necesariamente en voz alta».

La cuestión está vinculada con nuestra comprensión de la literatura antigua, elaborada para ser percibida por el oído, incluso por uno mismo únicamente, antes que ser leída en silencio como proceso puramente mental, según es la práctica habitual hoy día (25). Esto es «doctrina común» entre los filólogos clásicos, y el hecho ha sido esgrimido alguna que otra vez para destacar cualquier aspecto de la decadencia de la modernidad. De esta manera, el a veces malentendido y peor manipulado Friedrich Nietzsche, profesor de griego, escribía por el año 1885: «El pueblo alemán no lee en voz alta, no lee para el oído, sino simplemente con los ojos: al leer ha encerrado su oído en el cajón. El hombre antiguo, cuando leía —esto ocurría bastante raramente— lo que hacía era recitarse algo a sí mismo, y desde luego en voz alta». (26)

(23) *Livianae fabulae non satis dignae, quae iterum legantur* (Cicerón, *Brutus*, 71).

(24) Marshall McLuhan, *La galaxia Gutenberg. Génesis del "Homo tipographicus"*, tr. J. Novella; Madrid: Aguilar, 1969 (= University of Toronto Press, 1962). Reeditada con introducción de J. Lozano por Círculo de Lectores, Barcelona 1993.

(25) Los antiguos entendían el pensamiento no como proceso interior sino como diálogo consigo mismo, cf. G. Misch, *Geschichte der Autobiographie*, I (Berlín-Leipzig, 1907), p. 265.

(26) Cito por la excelente traducción comentada de Andrés Sánchez Pascual, F. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal* (Madrid: Alianza LB 406, 1972), Aforismo 247, p. 202.

Las palabras que se utilizan para 'leer' en ambas lenguas clásicas poseen acepciones que implican lectura en voz alta: ἀναγιγνώσκειν 'dar lectura de los testimonios en juicio'; *legere senatum* 'cantar los nombres de los senadores'.

La lectura casi siempre era pública, ante un auditorio, bien sea asamblea popular, bien la congregación de fieles, o en círculos más restringidos de discípulos. Conservamos aún modismos (27) que recuerdan esta antigua práctica de lectura en común, debida obviamente a dos factores extrínsecos, la carestía de material de escritura y el analfabetismo. En Roma, la lectura y escritura estaban reservadas a círculos elitistas; los eruditos que podían manejar los copiosos acervos de volúmenes que los soberanos helenísticos en contadas ciudades leían y escribían para una especie de comunidad académica (28). Y en la Grecia clásica el programa de conocimientos que Aristóteles (*Política*, 1337b15) denominó ἐλευθερία ἐπισθῆμαι estaba elaborado exclusivamente para los ciudadanos libres.

Por otra parte, los principales géneros literarios contienen implícita, en su origen y desarrollo, la percepción auditiva. La épica, como los cantares de gestas medievales y los romances, cuentan con aedos, rapsodas, así como los juglares de nuestra Edad Media. La poesía lírica recibe su nombre del instrumento con que se acompañaba el texto escrito *ad hoc*, y a veces la lectura se convierte en una especie de recitado (29). Hago gracia al lector de razonamientos tautológicos al respecto del teatro y la oratoria. Juvenal, para declarar que va a empezar a escribir sus sátiras, exclama: *Semper ego auditor tantum?* («¿Siempre voy a ser yo quien escucha?»), en indudable referencia a las recitaciones en los círculos literarios romanos, en los cuales pululaban poetrastos que podían 'matar' con la lectura de sus obras (Horacio, *Arte poética* 474) (30).

También los géneros en prosa participan casi en el mismo grado de este rasgo de audibilidad. De la historiografía tenemos la famosa declaración de

(27) Como 'leer la tesis', cf. *DRAE*, s.v. leer 2. En la Edad Media la técnica de escribir cartas se denominó *ars dictaminis*, con lo que tenemos una equivalencia entre *scribere/dictare*.

(28) Cf. L.Canfora, "Lire à Athènes et à Rome", *Annales* (Économie, Sociétés, Civilisations), 44 (París, 1989), pp. 925-937.

(29) Cf. *ThLL*, *ib.* 1130.49 y ss. Y también U.E.Paoli, "'Legere' e 'Recitare'", *Atene e Roma* 3 (1922), 205-207.

(30) Asinio Polión, *cos.* del año 40, fue el primero que promovió en Roma las lecturas públicas; cf. Séneca, *Controversias*, 4. praef. 2; otros testimonios en Tácito, *Diálogo de los Oradores*, 9; Plinio, *Cartas*, 7.17.11-12.

Tucídides, cuya obra es una «adquisición para siempre antes que una obra de concurso para un auditorio circunstancial» (31). Declaración que si bien marca las distancias con la práctica de lecturas públicas de determinados episodios (λόγοι), según hacía Heródoto, no excluye taxativamente la lectura en voz alta. Desde esta perspectiva de la audibilidad convendría también examinar la declaración de Cicerón acerca de la historiografía, a la que considera «un género eminentemente oratorio» (32). Los diálogos de Platón contenían también mucho de los rasgos de la oratoria, como reconoció igualmente Cicerón (*El orador*, 151).

Son numerosos los pasajes en que leer y oír aparecen estrecha y sospechosamente relacionados en la misma frase, desde los testimonios clásicos latinos (33) hasta los umbrales del Renacimiento, época en la que aún se puede rastrear algunos testimonios de esta antigua costumbre. Así en el prólogo del *Cancionero de Baena* encontramos un párrafo revelador: «Mucho mayor [...] plazer [...] rresçiben e toman los reyes e príncipes e grandes señores leyendo e oyendo e entendiendo los libros e otras escrituras de los notables e grandes fechos passados» (34).

Sin embargo, son más raros aquellos pasajes que arrojan datos de los que se puede inferir sin lugar a dudas la práctica corriente de una lectura en voz alta. El propio McLuhan, que maneja reflexiones aportadas por honestos trabajos de un cariz más bien divulgativo, un poco sugestionado por el hallazgo que le aportan, estatuye que «nunca ha acumulado nadie datos adecuados sobre esta cuestión» (35), como si le importase siempre más la búsqueda que el hallazgo. El único testimonio antiguo que aporta sobre ésta es el famoso fragmento de las *Confesiones* en que el joven Agustín se asombra de la costumbre de leer silenciosamente que practicaba el obispo de Milán.

Merece la pena que se repita una vez más: «Cuando Ambrosio leía, pasaba la vista sobre las páginas penetrando su alma en el sentido, mas la

(31) Tucídides, *Guerra del Peloponeso* 1.22.4: κτήμά τε ἐς αἰεὶ μᾶλλον ἢ ἀγώνισμα ἐς τὸ παραχρῆμα ἀκούειν.

(32) *Opus oratorium maxime*. (Cicerón, *Sobre las Leyes* 1.8).

(33) Cf. *ThLL* VII 2, s.v. 2. lego, 1129.5 y ss.

(34) La cita trata expresamente de obras de historia; cf. *Las poéticas castellanas de la Edad Media*, ed. F. López Estrada (Madrid: Taurus, 1984), p. 37.

(35) McLuhan, (nota 24), p. 131. Testimonios o tratamiento de la época patristica y medieval según J. Leclercq, *The Love of Learning and the Desire for God* (Nueva York, 1961), pp. 18-19; de la época clásica M. Hadas, *Ancilla to Classical Reading*, (Nueva York, 1951), pp. 50-52; de esta última hay tr. esp., *Guía para la lectura de los clásicos griegos y latinos* (México:

voz y la lengua quedaban quietas. Muchas veces –pues a nadie se le prohibía entrar, ni había costumbre de avisarle quién venía– lo vimos leer calladamente y nunca de otro modo, y al cabo de un tiempo nos íbamos, conjeturando que aquel breve intervalo que se le concedía para reparar su espíritu, libre del tumulto de los negocios ajenos, no quería que se lo ocupasen en otra cosa, tal vez receloso de que un oyente, atento a las dificultades del texto, le pidiera explicaciones de un pasaje oscuro o quisiera discutirlo con él, con lo que no pudiera leer tantos volúmenes como deseaba. Yo creo que leía de ese modo para conservar la voz, que se le tomaba con facilidad» (36).

El primer estudioso moderno que llamó la atención sobre este revelador e interesante pasaje fue Eduard Norden, quien en la primera edición de su no menos clásica obra (37) admite la escasez de testimonios de este hecho de lectura en voz alta, que cuanto más corriente para quienes lo practicaban, más asombro provocaban sus raras excepciones. Al parecer el testimonio agustiniano provocó inmediatamente un buen aluvión de nuevas referencias sobre esta práctica, desapercibida para el lector moderno por lo obvia que era para el escritor antiguo. En su reedición aportó el mayor número de pasajes textuales que testimonian esta práctica, entre los cuales no me resisto a dejar de ilustrar la cuestión que comentamos con un pasaje, bastante asequible para cualquiera, que presenta claramente esta misma práctica en la lectura: «Púsose (Felipe) en camino y se encontró con un varón etíope, [...]. Había venido a adorar a Jerusalén, y se volvía sentado en su coche leyendo al profeta Isaías. [...] Aceleró el paso Felipe, y oyendo que leía al profeta Isaías, le

(36) Pasaje igualmente recogido por Borges en "Del culto de los libros", (nota 2), p. 111, según tr. de la B.A.C. *Sed cum legebat* (sc. Ambrosius), *oculi ducebantur per paginas et cor intellectum rimabatur, vox autem et lingua quiescebant. Saepe, cum adessemus –nom enim vebatur quisquam ingredi aut ei venientem nuntiari mos erat–, sic eum legentem vidimus tacite, et aliter nunquam, sedentesque in diuturno silentio –quis enim tan intento esse oneri auderet?– discedebamus et coniectabamus eum parvo ipso tempore, quod reparandae menti suae nanciscabatur, feriatum ab strepitu causarum alienarum, nolle in aliud avocari et cavere fortasse, ne auditore suspenso et intento si qua obscurius posuisset ille quem legeret, etiam exponere esset necesse aut de aliquibus difficilioribus dissertare quaestionibus atque huic operi temporibus impensis minus quam vellet voluminum evolveret; quamquam et causa servandae vocis, quae illi facillime obtundebatur, poterat esse iustior tacite legendi.*

Hay edición y comentario de última hora: J.J. O'Donnel, ed., *Augustine. Confessions, I: Introduction and Text. II: Commentary on Books 1-7. III: Commentary on Books 8-13. Indexes*, Oxford: Clarendon Press, 1992. El comentario sobre la práctica de lectura silenciosa de San Ambrosio se halla en II, pp. 339-343, y 345.

(37) *Die antike Kuntsprosa*, Greifswald, 1898; 2ª y 3ª ed. Berlín, 1909 y 1915.

dijo: ¿Entiendes por ventura lo que lees?» (38). En efecto, la interpelación de Felipe sólo puede justificarse si el dignatario etíope va leyendo en voz alta, y, como asegura Norden, la costumbre detectada es la única explicación que arrincona erráticas exégesis.

Esta misma dependencia sintáctica, 'oír que alguien lee', la encontramos también en Platón en uno de cuyos diálogos vemos que se hace decir a Sócrates lo que debería de ser la práctica corriente también en aquella época: «Pero, una vez, oyendo a alguien que leía un libro de Anaxágoras, según dijo, y decía que la mente es lo que organiza y la causa de todas las cosas...» (39).

Igualmente, unos dísticos de los procaces poemas recogidos bajo el nombre de *Priapea*, datables en torno al cambio de era, destacan claramente el procedimiento apuntando, mediante un juego de palabras, a la derivación en la acepción: «Se dice leer porque se van recogiendo las letras con los ojos» (40). Pero oigamos al chusco Priapo: «Si parece que por ser del campo hablo un poco cateto, perdona, que no leo libros, sino recogo frutas. Pero, tosco como soy, me veo obligado a oír muchas veces a mi amo cuando lee, y me sé el vocabulario de Homero» (41).

Pero fue un trabajo, mucho más amplio que la nota de Norden y de lo que en un principio parecía requerir el tema el que aportó bastantes pruebas de que la lectura era siempre en voz alta y la forma silenciosa, por el contrario, tan excepcional que provocaba el asombro entre quienes pudieran observarla. Se publicó en húngaro en 1921, y lleva un epígrafe de expresión

(38) Consigno del original sólo el juego de participio y verbo regente: προσδραμῶν δὲ ο Φίλιππος ἤκουσεν αὐτοῦ ἀναγιγνώσκοντος Ἡσαΐαν τὸν προφήτην. Acta 8.27-30. La traducción de la *Vulgata* es literal: *Accurrens autem Philippus, audivit eum legentem Isaiam prophetam*. Otros testimonios presentados por Norden: Horacio, *Sátira* 1.3.63; Luciano, *ad. inv.* 2; S. Agustín, *Confesiones*, 8.29; Gregorio Nazianceno, *or.* 6.18. Cito por la tr. B. Heinemann Campana, *La prosa d'arte antica I* (Roma: Ed. Salerno, 1986), pp. 14-15.

(39) 'Ἄλλ' ἀκούσας μὲν ποτε ἐκ βιβλίου τινός, ὡς ἔφη, Ἀναξαγόρου ἀναγιγνώσκοντος, καὶ λέγοντος, ὡς ἄρα νοῦς ἐστὶν ὁ διακοσμῶν τε καὶ πάντων αἴτιος. Platón, *Fedón*, 97. Subrayan la lectura en voz alta los participios en dependencia del verbo 'oír', que denotan percepción inmediata.

(40) *Legere dictum quod leguntur ab oculis litterae* (Varrón, *o.c.*, 6.66; cf. *ThLL* VII 2, 1128.32).

(41) (*Rusticus indocte si quid dixisse videbor/da veniam: libros non lego, poma lego. / Sed rudis hic dominum totiens audire legentem / cogor Homericas edidicique notas*). *Priapea* 68.1-4.

agustiniana (42). Por las mismas fechas aparecieron otros artículos (43) cuyos datos venían a corroborar o ampliar las conclusiones de Balogh, de tal manera que el carácter de audibilidad no sólo era propio del acto de leer, sino también del rezo y la escritura (44).

Pero de hecho, la lectura silenciosa (*sibi legere, tacite legere*), con ser infrecuente e inusitada en ambientes alejados o ajenos al trabajo intelectual, debió de ser conocida y hasta practicada con normalidad entre los asiduos a las letras y en ambientes de alto nivel cultural o círculos estudiosos. ¿Cómo aceptar que los bibliotecarios de Alejandría leyesen todo en voz alta? El asombro del joven Agustín bien podría ser enfocado como la perplejidad de un joven provinciano ante la práctica de lectura de un sabio que pertenecía a la clase dominante de Roma (45). Knox discute algunos asertos y conclusiones de Balogh y aporta unos pocos ejemplos de lectura silenciosa de la escena ateniense. También de la época clásica de Roma, le desmonta a Balogh el argumento que presenta como prueba inequívoca de lectura en voz alta. Se trata de la anécdota relatada por Plutarco que ocurrió durante un famosísimo episodio. En pleno debate del senado acerca de la conjuración de Catilina, César, que se oponía a las medidas de excepción que conllevaba la ejecución sumaria de los conjurados detenidos, y por eso también era sospechoso de complicidad, recibe una carta que lee en silencio. Catón, su adversario y enemigo, le acusa en el acto de recibir comunicaciones secretas de parte de los otros conjurados. César entrega la misiva a Catón, quien se topa con una fogosa declaración de amor de su propia hermana. La anécdota es recogida dos veces por Plutarco (*Catón Uticense*, 24, y *Marco Bruto*, 5) pero el acto de leer César «silenciosamente» (σιωπηῶς) el billete de su amante sólo es seña-

(42) Josef Balogh, "Voces Paginarum. Beiträge zur Geschichte des laute Lesens und Schreibens", *Philologus* 82 (1926-27), 84-109 y 202-240.

(43) Cf. G.L. Hendrickson, "Ancient Reading", *Classical Journal* 25 (1929-30), 182-196; L. Wohleb, "Ein Beitrag zur Geschichte des laute Lesens", *Philologus* 85 (1929), 111-112; W.P. Clarck, "Ancient Reading", *Classical Journal* 26 (1930-31), 698-700.

(44) S. Sudhaus, "Lautes und laises Beten", *Archiv für Religionswissenschaft* 9 (1906), 185-200; B. Sedgwick, "Reading and Writing in Classical Antiquity", *Contemporary Review* 135 (1929), 90-94; E.S. McCartney, "Notes on Reading and Praying Audibly", *Classical Philology* 43 (1948), 184-187. No he podido acceder a las conclusiones del trabajo de A.K. Gaurilov, *La técnica de lectura en la antigüedad clásica*, Petrogrado, 1989, original en ruso, cit. en *L'Année Philologique* 60 (1989), nº 11584.

(45) Es el planteamiento de B.M.W. Knox, "Silent Reading in Antiquity", *Greek, Roman and Byzantine Studies* 9 (1968), 421-435.

lado en la *Vita* de Bruto, detalle que ahí sirve para entender la anécdota, y que en el otro pasaje está sencillamente implícito (46).

Pero la lectura silenciosa parece estar confirmada de manera más sólida por el sentido común, pues, el trabajo de biblioteca parece excluir la lectura en voz alta, y así, el consejo de Horacio de manejar los modelos griegos noche y día (47) no debe conllevar de ningún manera ese extenuante modo de lectura.

Una costumbre del mismo Catón, relacionada con ese proverbial ocio activo de la familia, nos refleja un ejemplo de lectura para sí mismo a la vista de un público que debería estar acostumbrado a las formas más refinadas de cultura: «Estaba en mi villa de Túsculo y como quería utilizar algunos libros de la biblioteca del muchacho Luculo, llegué a su villa para consultarlos yo mismo, como es mi costumbre. Tras llegar allí, veo a Marco Catón, que no sabía que estuviera allí, sentado en la biblioteca, rodeado de muchos libros de los estoicos. Pues, como sabes, había en él unas ansias de leer que no podía saciar, pues, no arredrándole ni siquiera la infundada crítica de la gente, solía leer en la misma curia mientras se iba reuniendo el senado, sin disminuir un momento la atención por los asuntos públicos» (48). En efecto, entiendo la *reprehensionem inanem* como tópico de la postura estoica, no porque importunara a sus adláteres haciéndoles oír lo que no querían o maravillándolos con su lectura silenciosa.

Hay otro fragmento que plantea dudas acerca del procedimiento de lectura. Se halla en una obra tardía del *corpus Aristotelicum*. La cuestión es la siguiente: «¿Por qué a unos, cada vez que comienzan a leer, el sueño les invade incluso contra su voluntad, y a los que quieren dormir les hace estar en vela cuando toman en sus manos un libro?» (49).

En principio el problema parece situarnos muy cerca de nuestra práctica cotidiana de lectura silenciosa en los rutinarios insomnios, pero la explica-

(46) Cf. Knox (nota 45), p. 432.

(47) *Vos exemplaria Graeca / nocturna versate manu, versate diurna.* (Horacio, *Poética* 268).

(48) *Nam in Tusculano cum essem vellemque e bibliotheca pueri Luculli quibusdam libris uti, veni in eius villam, ut eos ipse, ut solebam, depromerem. Quo cum venissem, M. Catonem, quem ibi esse nescieram, vidi in bibliotheca sedentem, multis circumfusum Stoicorum libris. Erat enim, ut scis, in eo aviditas legendi, nec satiari poterat; quippe qui ne reprehensionem vulgi inanem reformidans in ipsa curia soleret legere saepe, dum senatus cogeretur, nihil operae rei publicae detrahens;* (Cicerón, *De los límites del bien y el mal*, 3.7).

(49) Διὰ τί τοὺς μὲν, ἐὰν ἀρξῶνται ἀναγιγνώσκειν, ὕπνος λαμβάνει καὶ μὴ βουλομένους, τοὺς δὲ βουλομένους ποιεῖ ἐγρηγορέναι, ὅταν λάβωσι τὸ βιβλίον; (Aristóteles, *Problemas* 916b).

ción que se ofrece, una descompensación de los humores por causa de la concentración mental y la respiración (πνευματικὰ κινήσεις, esto es, movimientos respiratorios) nos pone sobre la pista de una cierta articulación de las palabras que se leen.

En definitiva, resta aún una investigación más minuciosa y sistemática de cuantos testimonios puedan aportarnos los textos. Pronto algún estudioso -quizá entre los amigos de Trivium-, por medio del análisis riguroso de los datos que facilite la informática, pueda cancelar esta cuestión un tanto banal de la filología, que desde la cita de Eduard Norden viene coleando en publicaciones sobre el mundo clásico como insignificantes cometas de la *galaxia Gutenberg*.

CONSEJO DE REDACCIÓN

Joaquín Casas Gómez, Juan J. Cienfuegos, Francisco Antonio García Romero,
Carlos M. López Ramos, José López Romero, José Lupiáñez Barrionuevo,
Eugenio J. Vega Geda.

CONSEJO DE ASESORES

Pedro Carbonero Cano (Univ. Sevilla),
Miguel Casas Gómez (Univ. Cádiz),
José Luis Millán-Chivite (Univ. Cádiz).

Las colaboraciones deberán ser enviadas a

REVISTA TRIVIUM **Nº 6, 1994.**
I.B. SANTA ISABEL DE HUNGRÍA
c/. La Merced, 40
11404 - JEREZ DE LA FRONTERA

Es responsabilidad del Consejo de Redacción de Trivium
la publicación íntegra de los trabajos seleccionados;
del contenido de los mismos son sus autores los únicos
responsables.

©TRIVIUM
Anuario de Estudios Humanísticos
ISSN 1130-1228
Depósito Legal: CA.601/90
Imprime: Gráficas del Exportador - Caracul 15 - Jerez.

SUMARIO

PRESENTACIÓN.....	7
LA POESÍA ANDALUZA DE MANUEL RÍOS RUIZ A.A.V.V. (Coordinador Eugenio Cobo).....	9
Firmas Invitadas	
Valerio Báez.....	73
OBSERVACIONES SOBRE EL EPISODIO DE LOS SALVAJES EN LA DIANA DE MONTEMAYOR.....	77
Máximo Brioso Sánchez y Héctor Brioso Santos.....	77
HISTORIA DEL SEPTENARIO TROCAICO Rocío Carande.....	109
REFLEXIONES SEMÁNTICAS EN TORNO A LAS CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL <i>DICCIONARIO DE USO DE MARÍA MOLINER</i> Miguel Casas.....	123
HUMANISMO Y ARTE EN EL RENACIMIENTO JEREZANO Julia López Campuzano.....	147
EL CLERO PARROQUIAL DE LA VICARÍA DE JEREZ EN EL SIGLO XVIII Manuel Martín Riego.....	165
LOS GADITANOS Y LA INQUISICIÓN A FINES DEL ANTIGUO RÉGIMEN (SIGLOS XVIII Y XIX) Arturo Morgado García.....	193
SER: DE VERBO SUSTANTIVO A MORFEMA VERBAL EN LA TRADICIÓN GRAMATICAL ESPAÑOLA Inmaculada Penadés.....	223
EL CENSO CONSIGNATIVO EN EL PENSAMIENTO ECONÓMICO DE LA ESPAÑA MODERNA J.L. Pereira Iglesias.....	245
MADRID AL <i>DAGUERROTPO</i> (SOBRE FOTOGRAFIA Y REALISMO EN EL SIGLO XIX) Leonardo Romero Tobar.....	269
LOS CLÁSICOS Y LA LECTURA José Solís.....	279
LA IMAGEN DE LOS JUEGOS EN LA LITERATURA GREGA ARCAICA Antonio Villarrubia.....	293